



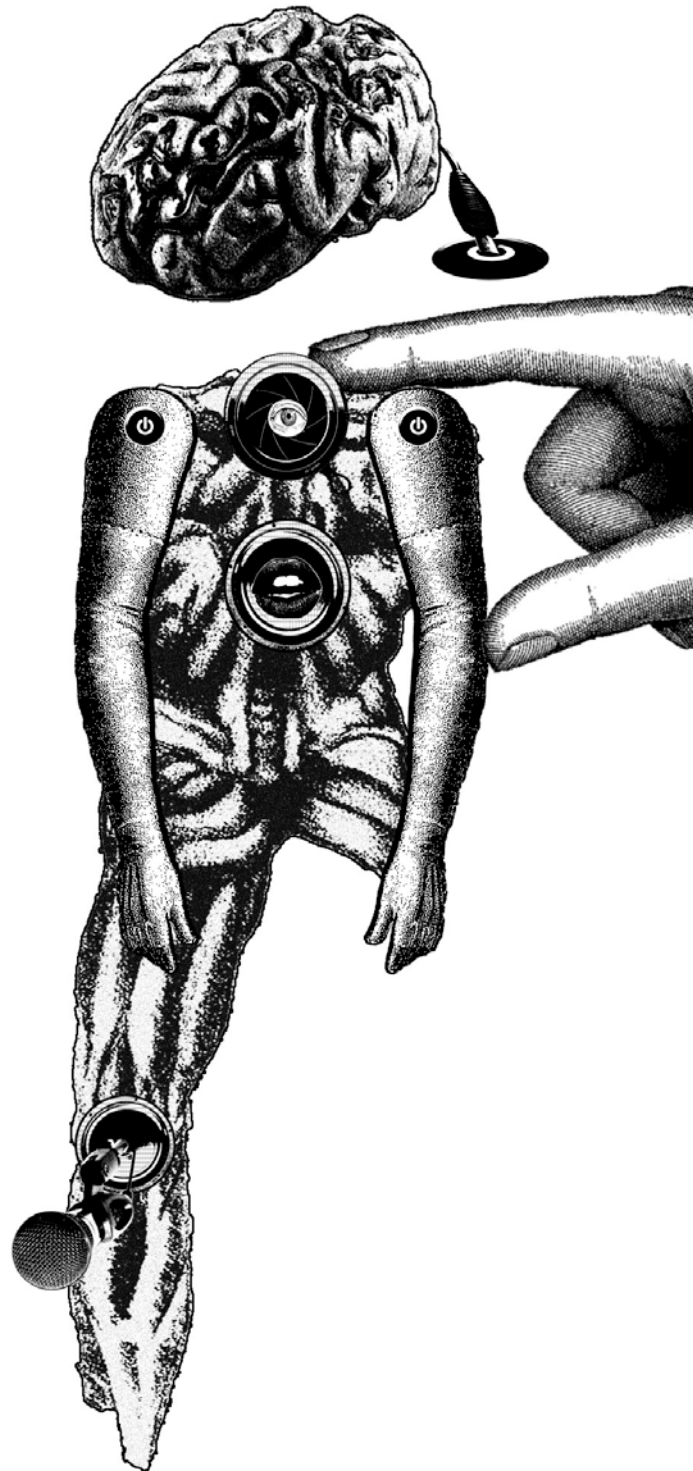
Morder la manzana

Gonzalo Soltero

ESPEJITO, ESPEJITO, ¿CUÁL ES EL *gadget* MÁS BONITO? Hoy en día podemos ver a la gente mirar la pantalla de sus aparatos portátiles con un arrobo semejante al que mostraba la malvada madrastra de Blancanieves cuando consultaba su espejo mágico. Los *gadgets* parecen cubiertos del mismo azogue hechizado que le otorgaba poderes especiales al cristal reflejante. Mientras están apagados, sus pantallas semejan láminas de obsidiana o de ónix negro, pero con sólo pasarles el dedo prometen entregarnos los secretos más profundos del universo y de otros seres humanos.

Estos aparatos se han vuelto una parte esencial de nuestra cotidianidad, el azúcar de nuestra rutina. Endulzan nuestras esperas más tediosas, como los trayectos en el tráfico o las filas que se desplazan a una velocidad mineral. Podemos usarlos como despertadores y son lo último que vemos antes de ir a la cama; o incluso lo último que vemos ya en la cama.

Soy dueño de tres iPods y utilizo dos de ellos diariamente. Aunque nunca he sido demasiado fan de Apple ni acólito de Steve Jobs, estas cápsulas contenedoras de música casi me convierten en uno. El primero que llegó a mis manos fue un iPod Photo de 60 gigas, que todavía es el mejor dispositivo para llevar en el coche una cantidad de música que hace una década era impensable. El segundo fue un iPod Mini de 2 gigas; pobre, ha pasado la mayor parte de su vida en un cajón.



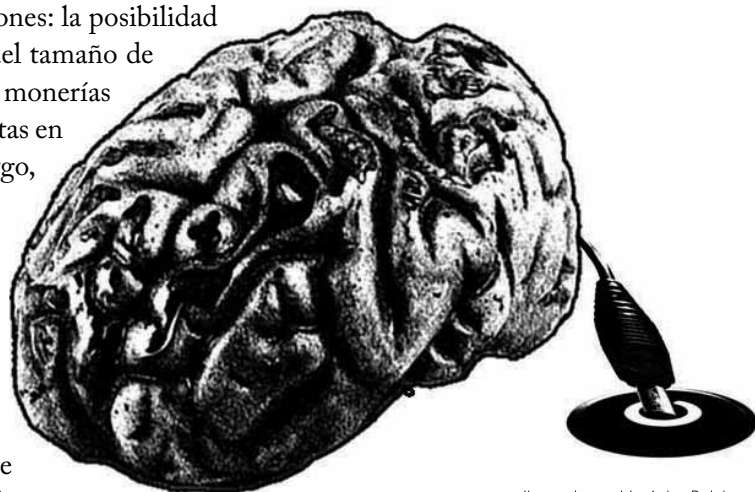
Su tamaño es algo mayor a la falange superior de mi pulgar y creo que esa diminuta dimensión siempre me ha provocado un temor inconsciente a traspapelarlo o a tirarlo junto con un *Kleenex* usado sin darme cuenta. El tercero es un iPod Touch de cuarta generación.

Entre el primero y el más reciente, el uso y las funciones se han modificado considerablemente. El iPod Photo adquirido en 2005 llevaba en el nombre una de sus innovaciones: la posibilidad de ver fotografías en su pantalla a color del tamaño de un timbre postal, junto con algunas otras monerías como cargar con la agenda o poder leer notas en archivos de texto sin formato. Sin embargo, lo suyo era la música.

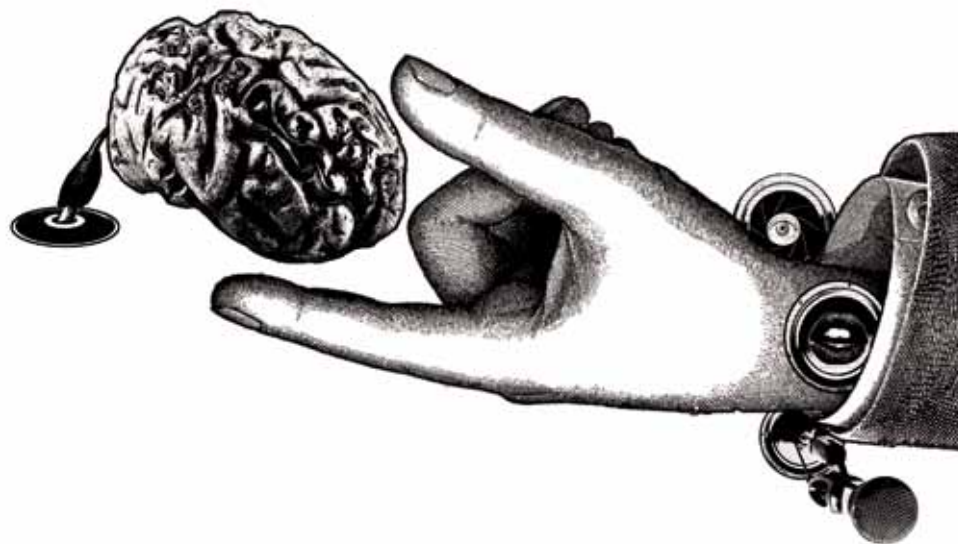
Para el de cuarta generación, la música es tan sólo otra más de sus múltiples posibilidades. Lo suyo, ¿quién puede dudarle a estas alturas?, son las *apps*. Estas aplicaciones, la mayoría desarrolladas por compañías distintas a Apple, convierten al pequeño y esbelto ladrillo en una piedra de toque que puede transformar cualquier lugar y momento en un espacio de diversión, comunicación o información. A estas alturas, el iPod Touch ha logrado integrar y mejorar casi todas las funciones que llegaron a tener los organizadores personales como la Palm. Es decir, el iPod mismo se ha transformado en una gaveta mágica en la que cabe cualquier cantidad de chácharas, de las sublimes a las idiotas.

A fin de cuentas, y sin importar qué tan estéticos lleguen a ser su diseño y formas, un *gadget* vale por lo que contiene y puede hacer. La cantidad de *apps* existentes es tal (medio millón) que si probáramos una al día tardaríamos 1,369 años en verlas todas. Vamos, para no ir más lejos la cantidad de *apps* en mi iPod (como en el de cualquiera) es tanta que sería tedioso repasar la mayoría. Mencionaré nada más algunas de las fundamentales.

Una línea que me interesa, por ejemplo, es la fotografía. El iPod Touch es una cámara delgada y portátil que se puede enriquecer con *Hipstamatic*



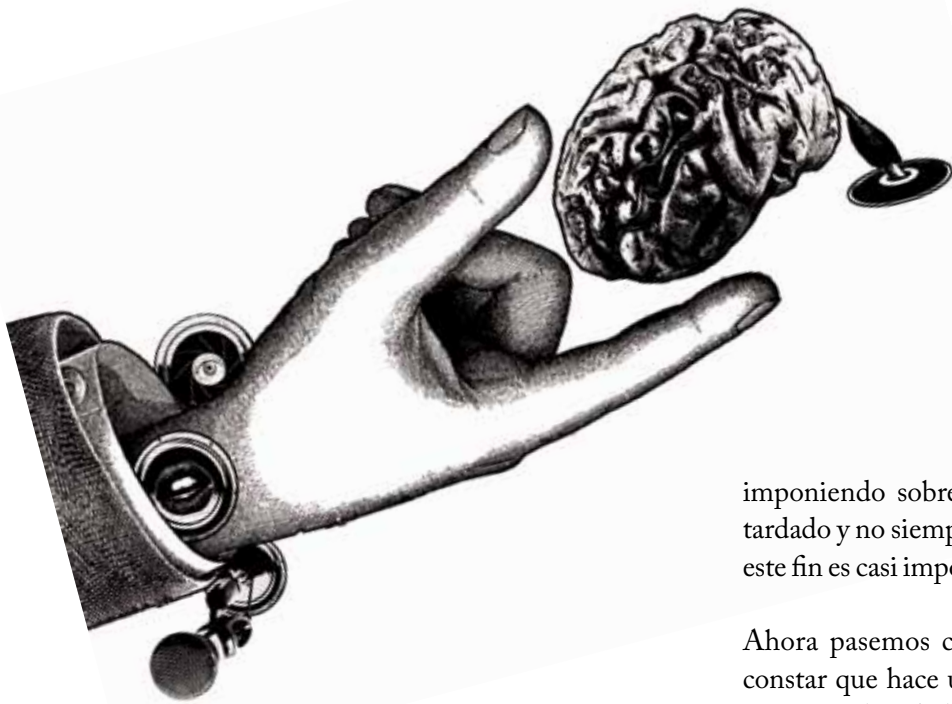
Ilustraciones: Verónica Bujairo



para tomar fotos nostálgicas como de décadas anteriores; *Instagram*, para compartirlas en redes sociales; *Ffffound*, para encontrarlas en la red de manera temática, o *Photo Vault*, para proteger las colecciones picantes y privadas. En cuanto a cine hay cabida para aplicaciones tan prácticas como las carteleras comerciales de mi ciudad, el *IMDb*, que tiene una base de datos fílmica descomunal o *DiscoverMovie*, que permite encontrar películas afines a tus gustos de manera gráfica u 8mm, la versión retro para tomar video. Esperemos que pronto salga la *app* de RottenTomatoes.com para tener completa esta sección.

Google Maps me ha sacado de aprietos considerables con sus rutas y planos; sólo falta que sea posible almacenar sus mapas para que la *app* sea perfecta. *Wunderlist* es una lista de pendientes ejecutiva y dinámica que permite poner en orden al anarquista más consumado. Hace una semana descargué *Footsteps*, un podómetro que mide los pasos dados, la distancia recorrida, el tiempo, la velocidad y el número de calorías quemadas; muy motivante para convertirse en *flaneur*. La gama de juegos también es amplísima: *High Noon* es por mucho mi favorito, y sus duelos en tiempo real con jugadores de cualquier parte del mundo me han proporcionado horas de entretenimiento y una gran válvula contra el estrés. Es difícil encontrar un tema, por extraño que sea, para el cuál no haya *apps*. Por ejemplo, yo encontré varias para aprender esperanto: *Saluton, amikoj*.

Las ventajas del iPod Touch tienen que ver con su portabilidad, nitidez y resistencia. Cabe sin problemas en cualquier bolsillo del pantalón, a diferencia de los primeros modelos (como mi iPod Photo) que podían causar efectos secundarios sobre las partes más delicadas del cuerpo si se



portaban demasiado tiempo dentro de la ceñida mezclilla de unos jeans. La pantalla tiene una definición tan luminosa como la que Dante describe en los últimos cantos de *La divina comedia*. En más de una ocasión, mi hija la ha dejado severamente cubierta de chocolate y otras mengambreas; también he paseado durante horas junto a mis llaves (que incluyen una de esas afiladas tetra italianas) y a la fecha cualquier mancha se puede quitar con facilidad y no ha sufrido rasguños.

Las actualizaciones, sin embargo, tanto del sistema operativo de los iPod como de iTunes, son una monserga, pues las nuevas versiones tienden a ser bastante imperialistas y les da por pisotear todo lo que hubo antes. El iPod Photo se ha vuelto una especie de isla, pues la versión actual de iTunes ya no lo acepta. Dice que la única manera de conectarlo es si se borra todo el contenido, lo que resulta absurdo pues no hay manera de respaldar mucha de la información que tiene, sobre todo las *playlists*. Algo semejante me sucedió al actualizar el sistema operativo del iPod Touch al iOS 5, pues desde entonces una cantidad considerable de mi biblioteca musical ha quedado pasmada y se niega a sonar.

Hay más fallas. No se puede escribir bien en este y los demás dispositivos portátiles de Apple. El vocabulario que manejan es bastante pobre y lo terminan

imponiendo sobre el usuario. Corregir es laborioso, tardado y no siempre posible, por lo que al usarlos para este fin es casi imposible hacerlo sin faltas de ortografía.

Ahora pasemos con el iPad. Merece la pena hacer constar que hace unos meses escribí en estas mismas páginas sobre dicho *gadget*:

no entiendo bien para qué sirve. La falta de teclado la hace inútil para trabajar en serio. Tal vez se pueda despachar un artículo breve como éste, pero no veo a nadie terminando ahí una novela o una tesis. Es cierto que se le puede añadir un teclado externo, pero ahí volvemos al punto inicial: mejor comprarse desde el principio una *netbook* que cuesta menos y ya lo trae incluido.

Y sin embargo, caí. En diciembre me hice de uno por una serie de circunstancias que me reblandecieron: ya estaba en la tienda virtual de Apple comprando algo para mi madre, había 10% de descuento ese día y 12 meses sin intereses. Además, un par de semanas antes descubrí una cubierta protectora que se dobla como teclado, cosa que cubría una de mis objeciones principales hacia el iPad.


Más allá de todo lo anterior, sospecho que el grado de infatuación que desarrollé con mis iPods me hizo ceder ante su hermana mayor. Porque eso es en realidad. La capacidad de almacenaje máximo es la misma (64 gigas) y la gran mayoría de las *apps* funciona en ambas. Lo único que cambia es el tamaño de la pantalla. Por otra parte, no fui el único: en los 12 meses anteriores se vendieron 32 millones (más de 87 mil diarias) y en Navidad fue el regalo más pedido entre niños de entre 6 y 12 años en Estados Unidos (econ.st/iPad-fever).

A pesar del fervor reinante en el *zeigeist*, mi primera etapa fue de absoluto desencanto. Me había gastado varios miles de pesos en comprobar que tenía razón: no sirve para trabajar. Es muy lucidora y entretenida, pero hasta ahí: azúcar glass que empalaga fácilmente. El problema principal es que no maneja *multitasking*: no se puede tener abierta más de una ventana a la vez. Otro pero adicional es la dificultad para hacer converger distintos formatos. Necesitaba entregar la propuesta de un artículo académico con una bibliografía previa y me fue imposible conseguirlo, sin importar la cantidad de programas que compré. Terminé pidiendo prestada una *netbook* de supermercado para poder enviar una cuartilla.

No todo fue desencanto. Aunque había logrado ver un par de películas en mi iPod, no hay comparación con verla en el iPad. Netflix, el sistema de cine y tele por suscripción reseñada en el número anterior de *Casa del tiempo*, funciona increíblemente bien. La ludoteca infantil también se potencia considerablemente. No deja de ser interesante ver cómo mi hija se divierte igual con la televisión que al jugar en el iPad, aunque

en realidad lo que hace se parece considerablemente a sus deberes escolares; es decir, la tarea se vuelve divertida. Por eso es muy probable que la educación tenga bastante futuro por esta vía (econ.st/iPad-school).

Finalmente, revistear en la cama con el iPad es una gran experiencia. Hay publicaciones que han adaptado muy bien sus contenidos a este *gadget*, por ejemplo *The Economist*. *Flipboard* es una *app* que pone las últimas noticias y las redes sociales en formato de revista. *Blanco* de Octavio Paz no está nada mal en su versión para este cachivache, que presenta varias posibilidades de lectura. Y justo ayer me tope con *Infinote*, otra aplicación que proporciona un corcho infinito en el que se pueden colocar notas adheribles de colores. Como tiendo a organizar y entender la información de manera gráfica, me parece un verdadero descubrimiento, pues por primera vez siento que el iPad puede transformarse en algo útil que sirva para organizar mi vida. Ya veremos.

Entre tanto, y después de releer lo que acabo de escribir, me queda claro que ya mordí el logo de Apple. Y su pulpa puede ser sumamente adictiva. 

In memoriam

Casa del tiempo lamenta el sensible fallecimiento del doctor **Jorge Andrés (Giorgio) Zgrablich Pollio**, quien fue titular del Departamento de Química de la Unidad Iztapalapa, miembro fundador del Posgrado en Química de nuestra casa de estudios, y Profesor Emérito de la Universidad Nacional de San Luis, Argentina.